

EL ÚLTIMO FENÓMENO LITERARIO EN INTERNET
MÁS DE 370 000 COPIAS VENDIDAS

Nick Spalding

PIM

PAM

PUM

Amor



<http://twitter.com/temasdehoy>
<http://facebook.com/temasdehoyediciones>
www.temasdehoy.es

La única novela que tiene *amor* y que recomendarás a todos tus amigos para que se partan de risa

Nick Spalding afirma que encontrar el amor de tu vida entraña más dificultades, reveses y problemas de los que nunca hubiese imaginado.

Este libro va dedicado a todo aquel que haya sufrido el infierno de una cita sin perder la sonrisa en el intento.

Blog de Jamie - Domingo, 9 de enero (Fragmento Pim, Pam, Pum... Amor)

«¡Dios mío, qué aliento! Es como si hubiesen abierto las puertas del infierno...»

Este fue el primer pensamiento que me vino a la cabeza cuando conocí a Isobel en la entrada del J. D. Wetherspoon la noche del jueves. El segundo fue que mataría a Jackie nada más llegar a la oficina el lunes por la mañana.

—Hey, tendrías que conocer a mi amiga Isobel —había dicho la muy bruja y embustera junto a la máquina de café hacía un par de semanas—. Es una chica estupenda. ¡Creo que pegáis mucho!

Y yo la creí como un idiota.

Jackie tiene fama de mostrar un optimismo enfermizo con casi todo, por lo que tendría que haberme figurado que su valoración sobre Isobel iría *bastante* desencaminada. Probablemente, Jackie se habría llevado de perlas con Hitler si, en vez de haber dado tanto la lata con los judíos, este se hubiese centrado en los triángulos amorosos de las celebridades.

Aun así, opté por hacer caso omiso de mis instintos más viscerales. Llevo dos años soltero, en tan duras circunstancias, la desesperación siempre vence al sentido común.

«Dos años...»

Todavía me cuesta creerlo. Nunca he estado tanto tiempo solo. El número de menús individuales que habré comprado en Asda puede contarse por miles. Tampoco es que me apeteciese mucho salir con nadie después de Carla, dicho sea de paso. La experiencia con la posesa de mi exnovia me convenció de que ser el Capitán Soltero era el camino que yo había de seguir los primeros meses hasta que su tufo se disipase.

Pero este es el tiempo máximo que un hombre puede estar solo sin el consuelo de una buena mujer a su lado.

Cuando digo «buena mujer» me refiero a una que conserve sus constantes vitales y no padezca dermatosis, y cuando digo «a su lado» me refiero a que esté encima de él y desnuda. El trauma de la penosa ruptura con Carla me quitó las ganas de conocer a nadie emocional e intelectualmente, pero, claro, cualquiera le dice eso a mi insensato pene.

A decir verdad, incluso aunque Jackie me hubiese dicho que la vagina de Isobel era como una trampa para osos, no habría descartado tener una cita a ciegas con ella.

A pesar de ser el presagio bucal del apocalipsis, decidí darle una oportunidad a Isobel; solo tenía que apañarme para sentarme a su lado con el viento a favor.

Su aliento hediondo puede percibirse en medio metro a la redonda, así que el beso en la mejilla a modo de saludo no es buena idea: me acerca a las puertas del Hades. No obstante, aguanto la respiración y salgo relativamente indemne. Isobel no está del todo mal, tiene el pelo castaño claro y lo lleva recogido en una coleta tan apretada que le sirve de *lifting* casero. Mis ojos se humedecen por compasión. Tiene buenas tetas, de esas que asoman por un Wonderbra como mínimo una o dos tallas más pequeño. Ha elegido una blusa negra de excesiva gala y una falda granate por la rodilla que, como tiene el culo cuadrado, no termina de favorecerla. Pero la historia es, o quedarse con ella una hora en el *pub*, o volverse a casa a masturbarse solito y más Pringles sabor barbacoa.

Abro la puerta del *pub* con un suspiro resignado y espero a que pase ella primero.

—Muchas gracias. ¡Qué *corresto* eres! —dice Isobel. Por lo visto, su mal aliento es tan fuerte que le impide pronunciar el sonido oclusivo *ct*.

—Un placer —respondo forzando una sonrisa.

No puedo evitar fijarme en su culo con cierto abatimiento mientras avanza delante de mí hacia la barra. No puedo evitar pensar que su culo cuadriforme simboliza de algún modo mi rotundo fracaso a la hora de prosperar —últimamente al menos— en una relación con una mujer.

—¿Qué quieres beber? —pregunto al acercarnos a la barra de aspecto grasiento y deseando que se pida una jarra de enjuague bucal.

—Vodka doble con Red Bull, por favor

«Maldita sea.»

Cinco minutos más tarde, Jamie Newman y su encantadora cita a ciegas están arrellanados en uno de los raídos reservados del fondo. La mesa a la que estamos sentados no tiene ni una mancha, pero alguien ha grabado «Pete es un pajillero» en una esquina con una letra muy cuidada, una proeza de talla que habrá costado su buena hora de trabajo.

Los que dicen que el jueves es el nuevo viernes desde luego no frecuentan mucho este sitio. Esto está más muerto que Elvis.

El monstruo de la halitosis y yo somos los únicos clientes, amén de un carcamal con un mono verde apoyado en la barra pimplándose media cerveza amarga y de dos gordos de edad indeterminada apalancados sobre la máquina tragaperras que insertan su prestación por desempleo con un entusiasmo que bien podría simbolizar el triunfo del más absurdo optimismo sobre la fría y cruda realidad.

—Jackie dice que eres periodista o algo así —constata Isobel, mientras sorbe su bebida y, sin duda, reprime el impulso de eructar a cada trago.

—Um..., sí. Algo así.

De hecho, soy consejero de relaciones públicas y publicista autónomo, y actualmente colaboro con un periódico local en el diseño de su nueva imagen, pero tratar de explicar la diferencia a Isobel requeriría un papelógrafo y la paciencia de Job, de modo que lo dejo ahí.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Eh..., sí. Supongo. Me encanta escribir y este trabajo me lo permite en gran medida, así que podría ser peor.

—¿En serio? —dice Isobel con desprecio—. Pues a mí escribir me parece un coñazo.

No salgo de mi asombro.

—Porque te toca fijarte en la gramática y todo ese rollo, ¿no?

«Pues sí.»

Muchas veces he estado inclinado sobre textos promocionales muy complejos, y mi abuela me propinaba una colleja cada vez que detectaba que me sobraba un adverbio.

—Jackie dice que eres peluquera —digo cambiando de tema.

—Así es. Tengo mi propio negocio, ¿sabes?

Seguro que se llama El Cardado de la Muerte.

—¡Se llama Pelazo's!

«Mierda.»

—Me va fenomenal. Últimamente no paro. El mes que viene me voy a tomar una semana libre, me hace falta un descansito en Menorca.

«Que me maten. Que me maten ahora.»

—Aaah..., de fábula —digo dando un gran trago a la Stella Artois tibia.

—¿Te vas de vacaciones a algún sitio, Jake?

—Jamie —corrijo—. Es posible. Tengo amigos en Canadá, pensaba visitarlos más adelante si tengo ocasión.

—¿Canadá? Eso está más al sur, ¿no? —pregunta Isobel haciendo gala de sus conocimientos geográficos—. Sé que hablan francés. —Hace una pausa, ladeando la cabeza—. Claro, entonces estará cerca de Francia, ¿no?

Sí, sí, sí. Jackie se va a llevar una buena en pleno cogote y sin probabilidades de fallo...

Hablando de fallos, soy el primero en admitir que cometí uno, y muy grave, al acostarme con Isobel aquella noche.

Sin embargo, el anterior fue el primero de los *muchos* grandes tragos de cerveza tibia que di aquella tarde, en un intento por frenar mi caída en picado a una depresión galopante. Y todos sabemos que el exceso de alcohol puede convertir una situación bastante mala en una absolutamente desastrosa en un santiamén.

Para cuando Isobel me cuenta que su hermano acaba de salir de la cárcel — tras haber cumplido seis meses por un robo que «de endilgó la bofia, la muy cabrona»—, yo ya voy por la mitad de la cerveza número cinco y su culo parece mucho menos cuadrado.

A la séptima cerveza tengo la mano en su muslo y ella me está masajeando los genitales debajo de la mesa. Qué digo masajeando..., *amasando* es mucho más preciso. Si algún día Isobel quiere dejar Pelazo's y montar una panadería, desde luego pericia y técnica no le iban a faltar.

Aun así, me la está poniendo dura, lo que viene a demostrar que, después de dos años sin sexo, tener los genitales aplastados por una mano-rodillo no tiene por qué ser una barrera a la excitación sexual.

—Mete la mano por debajo de la falda —me susurra al oído.

A pesar de mis tambaleos, intento complacerla metiendo el brazo entre sus piernas con la gracia y sofisticación que cabría esperar de un hombre que ha rebasado con creces el límite legal de alcoholemia. Parezco un carnicero preparando el relleno del pavo de Navidad.

Consigo encajar el dedo bajo su ligero, que se dobla hacia atrás dolorosamente, provocando el apuñalamiento simultáneo de su vagina con mi dedo gordo, lo cual no parece disgustar a Isobel en lo más mínimo. Es más, me mira con la lascivia de un agresor sexual y se acerca para que le dé un beso. Con una de sus manos lleva a cabo un prensado letal de mis testículos, mientras con la otra me estruja el antebrazo, reteniendo mi mano justo donde ella desea: en todo el chumino.

Me enorgullece decir que no vomito. Ni tan siquiera cuando mi nariz es atacada por una ráfaga del horrendo aliento que emana de su boca, exquisitamente aderezado con el aroma de siete vodkas dobles con Red Bull.

Su lengua se hunde en mi garganta con el afán aparente de lamerme los riñones. Me siento como John Hurt en *Alien*. Tras treinta segundos que duran dos horas, Isobel me deja aspirar algo de aire y reprimo las náuseas con todas mis fuerzas.

En lo que a mí respecta, esta es una de las peores experiencias que he tenido en la vida, pero agacho la cabeza para descubrir que mi magullado pene disiente por completo y pide más.

Isobel funde su cara contra la mía otra vez y me abre la cremallera con una destreza todoterreno que debe de haber adquirido tras años de práctica. Sus largas uñas reptan por mis pantalones hasta dar con su presa. Lo que sigue es una sensación que solo las vacas ordeñadas pueden apreciar cabalmente.

No obstante, este cambio de táctica y sujeción me permite sacar el brazo de la caldera sexual y húmeda que está oculta bajo su falda.

Consigo zafarme de su beso nauseabundo para asir lo que queda de mi séptima cerveza y apuro la jarra de un trago, intentando contener las lágrimas de vergüenza.

—Quiero que me eches un polvo —gorjea Isobel en mi oído.

«¡No me digas! No me había percatado... Como no me estás haciendo una paja en público y tu falda no está lo bastante subida como para dejarme ver el tanga de baratillo que llevas...»

—Vale —murmuro aterrorizado, porque estoy a punto de eyacular en su mano, lo que arruinaría los repugnantes planes que indudablemente me aguardan en el palacio carnal que ella llama *casa*.

Después de una breve pero traumática carrera en taxi, descubro con sorpresa que el palacio carnal resulta ser un dúplex de tres habitaciones bastante ordenado en una zona de la ciudad donde los camellos tienen la delicadeza de hacer negocios de puertas adentro.

—Es la casa de mi madre —explica Isobel—. Solo me quedo aquí hasta que termine con lo del divorcio.

«Voy a matar a Jackie, lo juro.»

La madre de Isobel no está en casa, gracias a Dios. Si llega a parecerse a su hija, fijo que entre las dos acaban catapultándome a una muerte prematura. La puerta principal apenas se ha cerrado cuando Isobel ya está de rodillas abriendo otra vez la cremallera de mis pantalones. En un pispás extrae mi deshonorado pene, que, a estas alturas, empieza a parecerse a la porra de un cavernícola.

Cualquier hombre que esté leyendo esto puede recrear la experiencia con precisión. Si el lector es una mujer, no tiene más que usar la imaginación.

Sencillamente, busquen la aspiradora más cercana, enciéndanla y acérquense al pene el extremo del tubo. Para recrear también el efecto sonoro, concéntrense en un yak regurgitando por culpa de una pelusa especialmente grande.

Que conste que no me quejo. Al menos no en voz alta. Esta es la primera mamada que me hacen en dos años; desde que Carla decidió que su jefe era mejor partido para tener hijos sanos y una cuenta bancaria equilibrada, y me dejara poco después. Entonces me pilló por sorpresa, aunque, echando la vista atrás, las señales eran sin duda patentes. Sobre todo en lo que respecta a los juegucitos de cama. Nuestra vida sexual se redujo de la sesión doble diaria cuando nos conocimos a un pase nocturno mensual cuatro años después; pase que solía terminar con un clímax insatisfactorio antes de los títulos de crédito.

He de decir que Carla nunca habría conseguido meterse mis dos testículos en la boca Isobel, en cambio, es más talentosa. Finalmente, concluye su mímica de foca de circo y se incorpora con una mirada animal tan agresiva que lamento no haber avisado a mis seres queridos de dónde iba a estar esta noche.

—Vamos arriba, machote —ordena—. Ahora vas a comerme. Confío en que esté hablando de hacerle el cunnilingus y no de practicar canibalismo. Aunque, sinceramente, no puedo estar seguro al cien por cien.

Isobel me arrastra del cinturón escaleras arriba, mi pene se menea alegremente a medida que nos acercamos a su dormitorio. En la puerta hay uno de esos letreros con nombres infantiles.

Isobel aparece escrito en rosa chicle y una pareja de hadas con tutú custodia cada extremo con una sonrisa necia estampada en el rostro querúbico. Entonces caigo en la cuenta de que estoy a punto de tener relaciones carnales en el refugio infantil de una divorciada sexualmente beligerante.

Una vez en su cuarto, Isobel se quita la falda en un visto y no visto, exponiendo su culo cuadrado para mi visión y disfrute (en teoría). Lo siguiente es su blusa, que revela los atractivos pechos de los que ya se ha hablado.

«Céntrate en las tetas, Jamie —me digo para mis adentros—.

Eso es lo que te va a salvar.»

Isobel se tumba en la cama, estira las piernas y retira hacia un lado el tanga de baratillo.

—A trabajar —exige.

Incluso mi pene empieza a tener dudas sobre toda esta debacle y a perder su buen humor. Aun así, como he llegado tan lejos, me pongo «a trabajar» lo mejor que puedo. Por fortuna, la falta de higiene de Isobel es solo un asunto bucal; de lo contrario, las siete jarras de cerveza que he consumido seguramente regresarían para hacer un bis triunfal ahora mismo.

Isobel me agarra de las dos orejas y atrae con tanta fuerza mi cabeza hacia ella que parece un parto al revés. Mientras doy lengüetazos como un perro artrítico a fin de complacer los deseos de Isobel lo mejor que puedo, soy dolorosamente consciente de que tendré que meterle mi pene actualmente flácido en algún momento del futuro inminente.

La escena resulta tan patética que, objetivamente, bastaría para hacer llorar a un adulto: yo borracho y en cuclillas junto a la cama individual de Isobel, practicando sexo oral y azotándome de forma mecánica el pene en un intento desesperado por que se ponga lo bastante duro como para penetrar a la peluquera y obsesa sexual que tengo delante; Isobel con las piernas alrededor de mi cuello y la cabeza hacia atrás en un despliegue orgiástico de deleite carnal.

—¡Métemela ahora! —chilla como un sargento de instrucción hiperactivo.

—¡Vale! —grito servilmente, y me levanto azuzándomela todavía como un poseso. Por suerte, mi erección ahora es suficiente para adentrarme en los oscuros dominios de Isobel.

Es como meter una salchichita en el túnel Blackwall de Londres.

No sé cómo será el futuro exmarido de Isobel, pero en su código genético debe de haber ADN de caballo.

Pese a la insuficiencia de mi perímetro y la disfunción del tejido eréctil, Isobel parece pasárselo en grande y empieza a soltar tales obscenidades por la boca que me arrepiento de no haberme traído un crucifijo.

—¡Oh, sí, cabronazo..., párteme el coño en dos!

«¡Sí, señora! ¡Por favor, no me pegue!»

—¡Qué gorda la tienes!

«Sé de sobra que no, cariño, pero gracias por el voto de confianza.»

—¡Clávamela, mamón! ¡Clávamela!

«¿Una estaca directa al corazón y un poco de agua bendita?

¡Sin problemas!»

—¡Córrete en mi cara! ¡Lo quiero en mi boca!

«Lo que tal vez explique ese aliento repulsivo.»

Lo único que deseo ahora es llegar... y largarme. Nada podría complacerme más que huir de este devaneo infernal y refugiarme en la seguridad y santidad de mi casa de un solo dormitorio.

En los treinta y un años que llevo en este mundo, nunca me había sentido tan desamparado.

De pronto, Isobel deja de retorcerse y convulsionarse cual rodaballo en tierra y me mira de hito en hito.

—He terminado. Sal y córrete encima de mí.

Una vez leí que el universo es un lugar de opuestos diametrales: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, el amor y el odio... y un largo etcétera. Si hay algún lugar en el universo que sea el arquetipo del amor, del romanticismo y de la pasión..., entonces, el dormitorio de esta mujer este jueves de enero está sin duda en el extremo absolutamente opuesto.

Isobel abre los morros de tal forma que parece que voy a correrme en un cubo de basura con pedal.

Con un infausto gruñido me vació sobre mi cita a ciegas, derramándole un poco en los ojos. El resto, junto con lo que queda de mi amor propio, se esparce por sus pechos y su cara.

Sé que en realidad no me han violado, pero, sinceramente, he estado a tiro de piedra y, para colmo, me lo he buscado yo solito.

Vuelvo a meter al pequeño Jamie en su escondrijo y miro a Isobel. Todo resto de fingimiento acaba de abandonar mi cuerpo, junto con mis espermatozoides.

—¿Puedo irme ya? —pregunto desolado.

La expresión de satisfacción sexual de Isobel es reemplazada por una de disgusto.

—Vaya, qué considerado. Hago que pases un buen rato y te falta tiempo para salir corriendo.

Empiezo a replicarle que la única persona que ha pasado un buen rato en este dormitorio esta noche ha sido ella, pero soy incapaz de reunir la energía necesaria para defenderme y me contento con asentir con resignación.

Isobel se pone en pie de un salto.

—¡Pues lárgate! —chilla señalando la puerta con el dedo.

Los restos de mi «producto» que quedan en su mano sobrevuelan el dormitorio y dan de lleno en un retrato de Jesús bastante mediocre que está colgado encima del tocador de Isobel.

De haber sabido que esta velada terminaría con mi semen resbalando por las mejillas de nuestro Señor y Salvador, casi seguro que me habría quedado en casa jugando a *Gran Turismo* en la Play.

Isobel será una lunática devorahombres con un apetito sexual igual al de un Fórmula 1 glotón, pero resulta que, para colmo, es una fanática religiosa.

Suelta un grito de angustia, corre hacia el retrato y empieza a limpiarlo con la blusa. Es una pintura al óleo, de modo que las mejillas de Nuestro Señor se emborronan cada vez más mientras Isobel intenta febrilmente limpiar mi esencia viril.

Luego se echa a llorar.

—¡Lo siento! —gimoteo como si le hubiese propinado adrede un puñetazo en la cara a Cristo.

—¡Que te largues de una puñetera vez! —ordena Isobel y, por una vez, me complace seguir las instrucciones.

—Esto... ¡pues adiós! —anuncio con un tímido saludo de mano, y hago mutis por el foro con gran urgencia.

Bajando los escalones de dos en dos, llego al portal en tres segundos y me topo con la madre de Isobel, que entra en ese momento. Dado que un «buenas noches, señora, acabo de penetrar a su hija y de embadurnar al hijo de Dios» no es la mejor forma de presentarme, elijo repetir el tímido saludo de mano, acompañado de una sonrisa que raya en lo maniaco.

Decido que es preferible no esperar respuesta alguna, así que salgo de allí tan rápido como me lo permiten mis piernecillas, deseando que la mami de Isobel no se

haya fijado mucho en mí y no pueda brindar una descripción precisa de mi cara a la policía.

Por increíble que parezca, recibí un SMS de Isobel al día siguiente:

A sido una noche rara xo guay. Kieres kedar otra vez? T dejo metermela x detras. xxxx.

Hasta la fecha me he negado a responder.

FICHA TÉCNICA

Título: PIM, PAM, PUM... AMOR!

Autor: Nick Spalding

Colección: TH Novela

15.90 euros / 320 páginas

Fecha venta: 21 de mayo 2013

Para más información, contacta con el **Departamento de Comunicación:**

Isabel Santos y Ruth González

Editorial Temas de Hoy - Departamento de Comunicación

Tel.: 91 423 03 33 Móvil: 606 564 737

isantos@temasdehoy.es - rgonzalez@temasdehoy.es